

LOS MARTIRES.

SUMARIO.

Despedida de la Musa.—Enfermedad de Galerio.—Anfiteatro de Vespasiano.—Eudoro es conducido al martirio.—Sumerge Miguel á Satanás en el abismo.—Cimodocea huye á escondidas del lado de su padre, y va á buscar á Eudoro en el anfiteatro.—Sabe Galerio que Constantino ha sido proclamado César.—Martirio de los dos esposos.—Triunfo de la Religion cristiana.

CANTO XVIII.

O Musa, que en tan áspero camino
Te has dignado seguirme placentera
Mis pasos dirigiendo á su destino,
Ahora puedes volver á la alta esfera!
Del término me veo ya vecino;
Yo andaré lo que falta de carrera,
Que para entonar himnos fúnebres.
Basta la simple voz de los mortales.

II.

A Dios, Virtud, celeste, que ingeniosa
Al poeta inmortal que voy siguiendo,
Sublime canto diste en dulce prosa.
Feliz yo si su mente trascribiendo
En lengua de los Dioses magestuosa,
La lira de Miltón sonar haciendo,
He podido imitar la melodía
Del cisne cuya voz guió la mía.

III.

Sí, cantor inmortal! en tí señala
La Musa su poder: con vario ingenio,
De inocencia vistió tu bella Atala,
De pompa y magestad al sacro Genio.
Mas nada la riqueza, brillo y gala
Supera con que cantas del Mesenio
Árcade santo por la ilustre gloria,
Y haces triunfar la Iglesia en su victoria.

IV.

Como el cisne al morir entona el canto
Mas dulce y armonioso, tal admira
Tu voz al despedir el Númen santo.
Al cielo te remontas.... ¡ah! tu lira
Déjame como Elías soltó el manto
Desde el carro en que á la alta esfera gira:
Si á Eliseo con él da doble aliento,
Con imitarte á tí seré contento.

V.

A celebrar entonces me esforzara
Al inmortal campeón del pueblo hispano,
Que á regiones incógnitas llevara
Con la gloria del nombre Castellano,
La Fé y la Religion que le animara;
El que en el vasto imperio Mejicano
De Satán derrocó el postrer baluarte
Plantando de Castilla el estandarte.

VI.

Y la negra calumnia caeria,
Parto de insana envidia, que ha intentado
Juntar del heroismo la osadía
A la crueldad del ruin y del malvado,
En todo su esplendor pareceria
La gloria del varon que han respetado
Los siglos, y hasta aquí, falto de Homero,
Sus hazañas celebra un mundo entero.

VII.

Mas ya parece, ó Musa, que me llenas
De bélico furor, y al temeroso
Sonido del clarin hierva en las venas
La sangre con ardor..... deja en reposo
Acabe de contar las duras penas
Que preceden al triunfo venturoso
De los Mártires santos, y el castigo
Que prepara el Señor á su enemigo.

VIII.

El ángel del consuelo rehusara
Eseuchar á Galerio, y al tremendo
Angel del exterminio lo entregara.
La ponzoña en sus venas discurriendo,
Un mal estallar hace que ocultara:
Su cuerpo la mitad se va encogiendo,
La otra mitad, hinchándose cual odre,
Revienta en llagas que destilan podre.

IX.

Cuando al borde de un lago en que se embosca,
Entre espejo juncal, fiera serpiente
De fuerte toro en el hijar se enrosca,
El brioso animal brama impaciente;
Rompe el aire con la hasta; entre la rosca
Se agita del reptil; mas luego siente
La fuerza del veneno, y flaqueando
Se echa en tierra mugido horrible dando.

X.

Así ruge Galerio: la gangrena
Devora su interior; gusano inundo
Roe al que de su fama el orbe llena,
Y á su ambicion es poco todo el mundo:
Con grito aterrador la sala atruena;
Al médico amenaza, y furibundo
Ya maldice á Esculapio, Apolo, Higia,
Ya invoca las Deidades de la Estigia.

XI.

“Príncipe! esclama un médico instruido
“En la fé del cristiano, esta dolencia
“Sobrepuja nuestro arte: mas subido
“Principio has de buscar; en tu conciencia
“Repasa lo que el fiel de tí ha sufrido,
“Y admira de su Dios la providencia.
“Yo estoy pronto á morir con mis hermanos,
“Mas sabe que remedios no has humanos.”

XII.

Tal franqueza á Galerio en ira enciende,
Renunciar al dictado no pudiendo
De *Eterno* que usurpar á Dios pretende.
En vez de revocar su edicto horrendo,
Lo manda confirmar, y el dia atiende
Para ir al circo á dar en estupendo
Espectáculo un Príncipe espirando
La muerte de sus súbditos mirando.

XIII.

Ya del sagrado Tíber la onda flava,
Lucrétila, Tibúr, de Alba la loma
Al fuego de la aurora se alegraba.
Las flores despedían grato aroma;
La gota de rocío que colgaba
Del tallo, cual maná brilla; de Roma
Todo el campo se ve resplandeciente
Al esplendor del aura renaciente.

XIV.

A lo lejos los montes del Sabino
Que una nube diáfana envolvía,
Del color se pintaban purpurino
De la ciruela en cierne; se veía
Subir el humo del lugar vecino;
La niebla por los montes se corría:
Nunca mas bella aurora abrió el oriente
Para alumbrar el crimen inclemente.

XV.

O sol! del carro ignífero en que sales
Y al ocaso magnífico caminas,
Qué te hace el clamor de los mortales!
Ya asomas al oriente, ya declinas,
Tu curso no perturban nuestros males;
Con unos mismos rayos iluminas
El vicio y la virtud: todo se altera,
Y tú sigues tranquilo tu carrera.

XVI.

Entretanto la plebe se agolpaba
Al circo: toda Roma va sedienta
De la sangre del fiel: este velaba
Su frente con el manto; aquel sustentaba
La umbela de colores: vomitaba
El pórtico la turba, eual revienta
Torrente enfurecido, el dique roto,
Que inunda en un instante vega y soto.

XVII.

Las gradas del teatro así al momento
 Se cubren con cien mil espectadores.
 Rejas de oro resguardan el asiento
 Donde están los ilustres senadores.
 De ingenioso resorte al movimiento,
 Para templar del aire los ardores,
 Agua rosada y vino en chorro asciende
 Y en rocío odorífero descende.

VIII.

Tres mil estatuas bronceas, infinito
 Busto y cuadro la escena decoraban;
 Columnatas de pórfido y granito,
 Balaustrés de cristal que coronaban
 Floreros de labor y arte exquisito.
 En torno de la arena batallaban
 Nadando en un canal ancho y profundo
 Cocodrilo, é hipopótamo iracundo.

XIX.

Elefantes, leones enrabiados,
 Toros, tigres, panteras, fieros osos,
 A destrozar el hombre acostumbrados,
 Asustan con rugidos espantosos,
 En las cuevas del circo encadenados.
 Gladiadores no menos horrorosos,
 Acá y allá ensayando sus forzudos
 Brazos, al cuerpo se echan fuertes nudos.

XX.

Junto al antro de muerte se elevaban
 Públicos lupanares: las rameras
 (¡Y damas nobles á ellas se mezclaban!)
 Con gritos tripudiar desnudas vieras.
 Si las Ménades juntas que espiraban
 Bajo el peso de Baco en las carreras,
 La afrenta entenderás y la deshonra
 De un pueblo esclavo, sin virtud, sin honra.

XXI.

La cárcel de San Pedro ya tenia
 La guardia del Pretorio rodeada
 Que al martirio los Santos conducia.
 Por órden de Galerio en la estacada
 Primero Eudoro parecer debia
 A combatir: así en tropa esforzada
 Se busca á derribar primeramente
 El audaz campeón que marcha al frente.

XXII.

El guardian de la cárcel se adelanta,
 Y á Eudoro: “á morir ven!” le dice fiero;
 “A vivir!” le responde, y se levanta
 De la piedra en que yace. El prisionero
 Rompe en lágrimas tiernas: “Tropa santa,
 “No temas, dice el Mártir placentero;
 “Breve instante en la tierra nos separa,
 “Eterna union el cielo nos prepara.”

XXIII.

A trance tal Eudoro ha reservado
Blanca túnica y manto primoroso
Que bordára su madre, destinado
A su pompa nupcial: no tan hermoso
Se ve al cazador árcade agraciado
Que, fiando en su arte, va orgulloso
A disputar el premio en la pelea
Del arco ó de la lira en Mantinea.

XXIV.

El pueblo y los pretorios su tardanza
Acusan, y hacen oír gritos atroces:
“Vamos!” responde el Mártir y se avanza
Tranquilo á los satélites feroces.
Bendícele Cirilo; la alabanza
Entonan del Señor con suaves voces
Los fieles en el cántico divino,
Compuesto por Ambrosio y Agustino.

CORO.

Confesion y alabanza te damos,
De los cielos y tierra Señor;
A los Angeles, Tronos juntamos
Nuestras voces en sacro loor.

HIMNO.

De Sabaot el nombre
En el cielo reboa,

O Dios! y eterna loa
Principia el Querubin;
Y el Serafin ardiente
Responde con el Angel
La Virtud, el Arcángel
Con cánticos sin fin.

A tí Apóstol, Profeta,
A tí la tropa santa
De Mártires te canta
Loando tu bondad;
Y en todo el universo
La Iglesia te venera,
O Padre! y considera
Tu eterna magestad.

Tu Unigénito adora
Que la infernal culebra
Muriendo vence, y quiebra
Su mortal aguijon;
Y al santo Paraclito
Que pura luz derrama,
Y el corazon inflama,
Con septiforme don.

CORO.

Confesion y alabanza te damos,
De los cielos y tierra Señor;
A los Angeles, Tronos juntamos
Nuevas voces en sacro loor.

XXV.

Aun seguía este místico epinicio,
Y fuera de las puertas principiaba
El mártir á cumplir su sacrificio:
De oprobios y denuestos le llenaba
La turba que le espera, y con bullicio
Se encaminan al circo. Aquel llevaba
Ante el pecho este título colgado:
“Eudoro fiel á muerte condenado.”

XXVI.

El ángel de tinieblas discurriendo
Por los aires, se embriaga de alegría,
Su triunfo asegurado ya creyendo:
Contra el Santo al feroz pueblo encendia,
Y el fanatismo y cólera creciendo,
Aquél le apedreaba, este esparcía
Bajo sus piés llagados y desnudos
Vidios rotos, guijarros puntiagudos.

XXVII.

Del Capitolio al circo iba marchando
El Mártir lentamente, entre infinito
Vulgo. La Via Sacra caminando.
Ante el templo Statór, arco de Tito,
A donde quiera ven ídolo infando,
La plebe con furor redobla el grito,
Y juntando amenazas al insulto,
Quiere que al simulacro ofrezca culto.

XXVIII.

“¿Debe el vencido al vencedor dar gloria?
“Le respondía el Mártir: un instante,
“Y luego juzgareis de mi victoria.
“Yo veo, ó Roma, un Príncipe triunfante
“Que se humilla á la Cruz! vuestra ilusoria
“Deidad sale del templo.... huye bramante!
“Sus puertas cierran ya bronceos cerrojos,
“Y su desierto umbral cubren abrojos!”

XXIX.

“Desgracias nos predice! el pueblo grita:
“Demos fin al impío blasfemante.”
Y con furor sobre él se precipita,
Queriendo hacerle trozos delirante:
La guardia con trabajo se lo evita.
Cuanta estatua se alzó á Eudoro triunfante,
Derribáran por tierra; por acaso
Una sola quedára en pié á su paso.

XXX.

Mirándola un soldado, enternecido,
Para ocultar su rostro, la visera
Se bajaba; del Santo apercebido.
“¿Por qué lloras mi gloria pasajera?
“Hoy es día del triunfo esclarecido;
“Si quieres, igual honra á tí te espera.”
Tal discurso en el alma penetrára
Del guerrero, y la fé luego abrazára.

XXXI.

Eudoro llega así al anfiteatro,
Como un noble corcel, de mortal lanza
Herido sobre el bélico teatro,
Al encuentro no obstante se abalanza
Sin parecer sentir el golpe. Cuatro
Robustos gladiadores con pujanza
Del circo abren la puerfa rechinante,
Y el Mártir entra en él solo y triunfante.

XXXII.

Un grito universal entonces suena
Con aplausos furiosos, prolongados
Desde el fastigio sumo hasta la arena.
Los leones en las cuevas encerrados
Responden, sacudiendo su melena,
Con rugidos á tal gozo acordados.
Tiembla el pueblo, de espanto se estremece,
Solo el Mártir impávido parece.

XXXIII.

Gracias rinde al Señor que le ha traído
A tan glorioso fin. Su patria cara,
Padre, hermanas recuerda enternecido.
Por su esposa y Demódoco rogára.
Esta la última idea que ha tenido
De la tierra; su espíritu separa
Entonces de las cosas de este suelo,
Y toda su atención dirige al cielo.

XXXIV.

Augusto no llegára: mientras tanto
Que hacia el Inspector señal del juego,
Al concurso sentarse pide el Santo.
Accede aquel: entonces con sosiego
Embozándose el jóven en su manto,
En la arena se echó que debe luego
Con su sangre empapar, como se acuesta
Sobre el musgo el pastor en la floresta.

XXXV.

En esto en las moradas inmortales,
Del senó en que la esencia mora trina,
Luz mas clara descende á los umbrales
Del Santo de los Santos que ilumina
Los inmensos espacios eternals.
La corte celestial su frente inclina,
Y oye esta voz con júbilo profundo:
“Victoria á la Cruz santa! Paz al mundo!”

XXXVI.

Las cohortes de Mártires se elevan,
Y se forman en filas al sonido
De la tuba eternal. Al frente Estéban,
Con Cipriano y Lorenzo esclarecido,
Y á vos en medio, Antistes santos llevan,
Honra, gloria, blason del distinguido
Leal pueblo que el Ródano (2) destruye,
Y el Arar sus murallas besa y huye.

XXXVII.

De nube luminosa rodeados
Bajan á recibir al fiel augusto;
Los Profetas y Apóstoles sagrados
El combate á admirar vienen del justo;
A Séfora los coros sublimados
Dan grato parabien; sola con susto
Aparta ella del suelo sus miradas
Que al trono del Señor tiene elevadas.

XXXVIII.

Arma entonces Miguel su fuerte diestra
Con la espada inmortal que fué delante
Del Dios de Sabaot cuando hizo muestra
De sus huestes volviendo al cielo ovante.
Una cadena toma en la siniestra
Que al fuego del relámpago brillante
Forjáran cien Arcángeles unidos
Por Querubin sublime dirigidos.

XXXIX.

Admirable labor! bajo el pesado
Martillo el metal fúlgido se estira,
De oro, plata y bronce elaborado:
Tres centellas le mezclan de la ira;
Eterna Maldiccion, Terror airado,
Desesperacion; del rayo aguda vira,
Con la materia eléctrica y viviente
Que de Ezequiel compuso el carro ardiente.

XL.

Al signo de Elohé Miguel se lanza
De lo alto de los cielos cual cometa.
Los astros, de terror á tal pujanza,
De su giro tocar creen la meta.
Un pié pone en la tierra, el otro avanza
Sobre el mar, y sonando la trompeta,
Siete truenos con él sus voces dando,
Exclama con acento formidando:

XLI.

“Su reino sobre el orbe el Señor funda;
“El ídolo dió fin; la Cruz soterra
“Todos sus enemigos. Raza inmunda,
“De tu hálito infernal libra á la tierra.
“Y tú, Satán, descende á la profunda
“Mazmorra del abismo, dó te encierra
“Jehová por castigo de tus daños:
“Amarrado estarás allí mil años.”

XLII.

En el ángel rebelde á tan tremenda
Voz penetra el espanto: solo brama
Satán y otra vez quiere la contienda
Renovar con Miguel; á Astarte clama
Para en órden poner la hueste horrenda;
Pero Astarte, arrojado ya en la llama
Con el bando infernal, paga los males
Que acabára de hacer á los mortales.